

mayor deseo de pertenecerle y servirla... ¿Qué buscan ustedes? La felicidad, añadió con una voz que llegaba al alma. Escuche, pues, lo que le voy á decir: si la felicidad consiste, para una mujer, en ser amada, adorada, en tener un amigo á quien pueda confiar sus deseos, sus fantasías, sus penas, sus dichas; mostrarse en la desnudez de su alma, con sus lindos defectos y sus hermosas cualidades, sin temor á ser vendida; créame, ese corazón consagrado, dispuesto á sacrificarse, siempre ardiente, sólo puede existir en un hombre joven, lleno de ilusiones, capaz de morir á una señal de usted, que no conoce aún el mundo y que no quiere siquiera conocerle, porque para él el mundo es usted. Yo, y va usted á reírse de mi candidez, llevo ahora del fondo de una provincia, sin malicia, no habiendo conocido sino almas buenas, y estaba decidido á vivir sin amor. Ocurrióme conocer á mi prima, que me ha colocado en sitio preferente en su alma, y me ha hecho adivinar los mil tesoros de la pasión; y así, mientras encuentro una mujer á quien amar, las amo á todas en general, como Chérubin. Al verla á usted, tan pronto entré en esta sala, sentía una corriente que me traía hacia aquí. ¡Había pensado ya tanto en usted! Pero no la había imaginado tan hermosa como lo es. La señora de Beauseant ha tenido que decirme que no la mirara á usted tanto. Ignora sin duda lo grato que es contemplar esos lindos labios rojos, esa blanca tez, esa mirada tan dulce... También le digo yo á usted tonterías, pero permítame que las diga.

Nada agrada á las mujeres como escuchar dulces

galanteos. La devota más austera los escucha; lo más que hace es no contestarlos. Después de haber comenzado de este modo, Rastignac continuó su oración á media voz, con cierta misteriosa coquetería, y la señora de Nucingen le animaba con sonrisas, mirando al mismo tiempo á Marsay, que no salía del palco de la princesa Galathionne. Rastignac permaneció junto á la señora de Nucingen hasta que el marido de ésta vino á buscarla para retirarse.

— Tendré mucho gusto, señora, en ir á verla antes del baile de la duquesa de Carigliano.

— Puesto que la señora le invita, dijo el barón, grueso alsaciano cuya redonda faz denunciaba una astucia peligrosa, puede usted estar seguro de ser bien recibido.

— Todo va á pedir de boca, porque no se ha ofuscado en demasia al oírme decir: « ¿Me amaré usted mucho? » Ya tiene puesto bocado el animal; ahora, á brincar sobre su lomo y regirle, se dijo Eugenio yendo á saludar á la señora de Beauseant que se levantaba y salía con Ajuda.

El pobre estudiante ignoraba que la baronesa estaba aquella noche muy distraída esperando de Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Satisfechísimo de su supuesto éxito, acompañó á la vizcondesa hasta el peristilo, donde los concurrentes esperaban el coche.

— Está desconocido su primo, dijo el portugués á la de Beauseant, riendo, cuando Eugenio se hubo despedido de ellos. Creo que va á copar la banca. Es más fino que una aguja, y me parece que irá lejos.

Sólo usted ha podido escoger entre mil una mujer en el momento en que está necesitada de consuelo.

— Aun queda por saber, dijo la señora de Beau-seant, si ella sigue amando á quien le abandona.

A pie regresó el estudiante desde el teatro Italiano á su casa de la calle Neuve-Saint-Geneviève, forjándose las ilusiones más agradables. Había notado la atención con que le examinara la señora de Restaud, ora cuando se hallaba en el palco de la vizcondesa, ora en el de Delfina de Nucingen, y sospechó que las puertas de la casa de la condesa volverían á abrirse para él. De manera que podía apuntar ya cuatro relaciones de las de primera fila, pues contaba que agradaría á la mariscala. Adivinaba, aunque sin darse cuenta de los medios, que, en el complicado engranaje de los intereses de este mundo, debía agarrarse á una de las ruedas para subir á lo largo de la máquina, sintiéndose con fuerzas suficientes para detener la rueda, ya que se hallara él en la cúspide. « Si la de Nucingen llega á tener algún interés por mí, yo la enseñaré á gobernar á su marido, el cual marido, puesto que realiza magníficos negocios, puede muy bien servirme para hacer fortuna. » Esto no se lo decía él á sí mismo crudamente, pues no era aún lo suficiente astuto para precisar una situación, apreciarla y calcularla; aquellas ideas flotaban en su horizonte bajo la forma de ligeras nubes, y aunque no tenían la brutal aspereza de las de Vautrin, es seguro que, sometidas al crisol de la conciencia, hubieran dado un residuo de muy dudosa pureza. Los hombres llegan por una serie de transacciones de este género

á esa moral relajada que profesa la época actual, época en la que son más raros que en ninguna otra esos caracteres rectangulares, esas voluntades admirables que no se doblan nunca ante el mal, y á las que á la menor desviación de la línea recta parece un crimen; imágenes magníficas de la probidad que nos han valido obras maestras, tales como el Alcestes, de Molière, y más recientemente Jenny Deans y su padre en la obra de Walter Scott. Acaso la obra opuesta, la pintura de los caminos tortuosos que sigue un hombre de mundo, y por los que un ambicioso hace rodar á su conciencia, tratando de costear el mal con objeto de llegar á su fin salvando las apariencias, no fuera menos hermosa ni menos dramática. Al pisar el umbral de su casa, Rastignac sentíase enamorado de Delfina Nucingen, la cual le había parecido esbelta y fina como una golondrina. La dulzura embriagadora de sus ojos, el delicado y suave tejido de su piel bajo la que había creído ver correr la sangre, el encanto de su voz, sus rubios cabellos; todo lo recordaba; y acaso la marcha, acelerando el movimiento de la sangre, cooperara á la fascinación. El estudiante llamó con fuerza á la puerta de Goriot:

— Vecino, he visto á Delfina.

— ¿Dónde?

— En los Italianos.

— ¿Se divertía mucho? Entre usted.

Y el buen hombre, que se había levantado en camisa, abrió la puerta y volvió á acostarse rápidamente.

— Pero háblame usted de ella, añadió en tono de súplica.

No pudo Eugenio, que por primera vez entraba en el cuarto de papá Goriot, reprimir un movimiento de asombro viendo, después de haber admirado el lujo de la hija, la zahurda en que vivía el padre. La ventana carecía de cortinas; el papel pintado que cubría las paredes caía á pedazos por efecto de la humedad, y se abarquillaba dejando al descubierto el yeso ennegrecido por el humo. El buen viejo yacía sobre una mala cama; sólo tenía una manta de poco abrigo y un cubrepiés acolchado que consistía en retazos de vestidos viejos de la patrona. El piso estaba húmedo y polvoriento. Frente á la ventana veíase una de esas cómodas viejas de palo rosa y frente curvado, con tiradores de cobre retorcido, figurando sarmientos cubiertos de hojas ó flores; mueble viejo con tablero de madera, sobre el cual se veía una jarra de agua en su jofaina y todos los enseres necesarios para afeitarse.

En un rincón, los zapatos; junto á la cabecera de la cama, una mesa de noche, sin puerta ni piedra mármol; en el hueco de la chimenea, en la que no se veía el menor indicio de fuego, estaba la mesa cuadrada, de nogal, cuya barra había servido á Goriot para deformar el servicio de plata sobredorada. Un destartalado mueble, armario-escritorio sobre el que descansaba el sombrero del buen viejo, una butaca con asiento de paja y dos sillas, completaban aquel mobiliario miserable. El cortinaje de la cama pendía de una armadura sujeta al techo con un trapo, y consistía en una mala blonda de tela de cuadros blancos y colorados.

El más pobre mozo de cuerda tenía mejores muebles en su buhardilla que el tío Goriot en casa de la señora de Vauquer. El aspecto de aquel cuarto daba frío y oprimía el corazón, recordando el más triste calabozo que pudiera imaginarse. No se dió cuenta Goriot de la expresión del rostro de Eugenio al colocar el candelero sobre la mesa de noche. El buen hombre volvióse hacia él, permaneciendo tapado hasta la barba.

— Vamos á ver, ¿quién le gusta á usted más, Anastasia de Restaud ó Delfina de Nucingen?

— Prefiero á Delfina, respondió el estudiante, porque le quiere á usted más.

Al oír estas palabras, dichas con cierto calor, el pobre anciano sacó un brazo y estrechó la mano de Eugenio.

— Gracias, gracias, exclamó Goriot conmovido. Y cuénteme, ¿qué le ha dicho ella de mí?

Repitió el estudiante las frases de la baronesa embelleciéndolas, y el viejo le escuchó como si oyera la palabra de Dios.

— ¡Querida hija mía! Sí, sí, me quiere mucho. Pero no crea usted lo que ha dicho de Anastasia. Las dos hermanas se tienen envidia, ¿sabe usted? Y eso es una prueba más de su ternura. Mucho me quiere también la señora de Restaud. Lo sé. Un padre es para sus hijos lo que Dios para nosotros: penetra hasta el fondo de las almas y juzga las intenciones. Las dos me adoran lo mismo. ¡Ah! si hubiera tenido buenos yernos, habría sido demasiado feliz. Acaso no hay en el mundo felicidad completa. Si hu-

biera vivido con ellas, sólo con escuchar su voz, con saber que estaban allí, con verlas salir y entrar, como cuando vivían conmigo, el corazón se me hubiera saltado del pecho. ¿Iban bien vestidas?

— Elegantísimas. Pero, señor Goriot, ¿por qué razón, teniendo hijas tan ricas y tan ventajosamente casadas, vive usted en semejante chiribitil?

— ¿Y para que? ¿de qué me serviría tener mejor habitación? dijo el anciano con aire de aparente indiferencia. No puedo explicárselo á usted, porque no sé expresarme como es debido. Aquí está cuanto me interesa, añadió, golpeándose el pecho. Mi vida está entera en mis dos hijas. Si se divierten, si son felices, si van bien vestidas, si pisan alfombras, ¡qué me importa la ropa que uso ni el sitio en que me acuesto! No tengo frío si tienen calor, nunca me aburro si ellas se rien. No tengo otras penas que las suyas. Cuando sea usted padre y pueda usted decir, oyendo balbucear á sus hijos: « Esto ha salido de mí »; cuando vea usted en cada criatura de aquéllas sangre de su propia sangre, mejor dicho la esencia de su sangre, ¡porque así es! creará que forman parte de usted, y que hasta cuando ellos se mueven se mueve usted. El eco de su voz me responde por doquier. Una mirada suya, si es triste, me hiela la sangre. Algún día sabrá usted que su felicidad nos es más cara y sabrosa que la nuestra. No puedo explicarle esto: son unos como movimientos interiores que nos inundan de bienestar. En una palabra, tengo tres vidas. ¿Quiere usted que le diga una cosa rara? Pues cuando fui padre comprendí á Dios. Está todo él en todas partes,

puesto que de él ha salido la creación. Señor mío, eso mismo me ocurre con mis hijas. Sólo que yo las quiero más á ellas que Dios al mundo, porque el mundo no es tan hermoso como Dios, mientras que mis hijas son mucho más hermosas que yo. Las tengo tan dentro de mi alma que ya había presentido que las vería usted esta noche. ¡Dios mío! El hombre que hiciera á mi Delfina todo lo feliz que es una mujer cuando se siente amada de veras, pues á ese hombre le limpiaría yo las botas, sería su criado y le haría los recados. Por su doncella he sabido que el mequetrefe de Marsay es un vil perro. Me han dado ganas de retorcerle el pescuezo. ¡No amar á una mujer que es una joya, con una voz de ruseñor y con un cuerpo de estatua! ¿Dónde tenía los ojos cuando se casó con ese mostrenco de alsaciano? Ambas necesitaban jóvenes simpáticos. ¡Pero, en fin, han hecho su capricho!

Sublime resultaba el tío Goriot. Hasta entonces no había tenido Eugenio ocasión de verle iluminado por el fuego de su pasión paternal. Es muy digno de ser notado el poder de transmisión que tienen los sentimientos. Por tosca que sea una criatura, desde el momento en que le domina un afecto verdadero y fuerte, exhala un fluido particular que modifica su fisonomía, anima su gesto y da tono á su voz. Suele ocurrir que el ser más estúpido llega, á impulsos del movimiento pasional, á la elocuencia más sublime de ideas y aun de palabras, y parece moverse en una esfera luminosa. Tenía el buen viejo en la voz en aquel instante la potencia comunicativa que distingue

al actor de vuelos. Pero ¿qué son los sentimientos sublimes sino la poesía de la voluntad?

— Pues ya que es usted tan apasionado por sus hijas, no le ha de disgustar, supongo, el saber que Delfina va á romper con de Marsay. Este guapo mozo la ha dejado para dedicarse á la princesa Galathionne. En cambio, yo me he enamorado de Delfina esta noche.

— ¡Hombre! exclamó el tío Goriot.

— Sí; y creo que no le he parecido mal. Hemos hablado de amor durante una hora, y he quedado en ir á verla el sábado.

— ¡Ah! ¡cuánto le querré á usted si ella le quiere!. Usted es bueno, y no la atormentará. Pero si le hace usted traición, empezaré por cortarle á usted el pescuezo. Una mujer no puede tener dos amores, ¿sabe usted?... Dios mío, ¿qué tontería estoy diciendo? Hace aquí frío para usted, Dios mío, ¿conque ha hablado usted con ella? ¿Y qué le ha encargado que me diga?

« Nada », pensó Eugenio.

— Me ha dicho, respondió en alta voz, que le enviaba á usted un cariñoso beso de hija.

— ¡Buenas noches, vecino mío! duerma usted bien y sueñe con cosas agradables; pues yo, con lo que usted me ha dicho, pasaré una noche deliciosa. ¡Protéjale Dios en sus deseos! Ha sido usted esta noche para mí como un ángel que me ha traído las brisas de mi hija.

« ¡Infeliz! pensaba Eugenio al acostarse; lo que le pasa basta y sobra para ablandar un corazón de mármol. Su hija se ha acordado tanto de él como del Gran Turco. »

Desde esta conversación, vió el tío Goriot en su vecino un confidente inesperado y un amigo. Habíase establecido entre ambos el único lazo que podía unir al viejo con otro hombre. Las pasiones no se equivocan nunca. Goriot veíase menos alejado de Delfina y mejor recibido por ella si Eugenio llegaba á ser amado por la baronesa. Por otra parte, ya le había confiado una de sus grandes penas; Delfina, á la cual deseaba mil veces al día todo género de felicidades, no había conocido las dulzuras del amor. Eugenio era, sin duda alguna, uno de los jóvenes más guapos, para servirnos de su expresión, que había visto, y parecía que proporcionaría á Delfina todos los goces de que hasta entonces había estado privada. Por todos estos motivos, el pobre viejo dedicó al estudiante una amistad que fué en aumento, y sin la cual no hubiéramos conocido el desenlace de esta historia.

Durante el almuerzo del día siguiente, sorprendieron muchísimo á los huéspedes la afectación con que Goriot miraba á Eugenio, junto al cual se colocó, las palabras que le dijo y el cambio de su fisonomía, la cual parecía de ordinario una mascarilla de yeso. Vautrin, que por primera vez veía á Eugenio desde su entrevista, parecía querer leer en su alma.

Al recordar el proyecto de aquel hombre, Eugenio, que, la víspera, antes de dormirse, había medido el vasto horizonte que ante él se abría, pensó en la dote de Victorina Taillefer, no pudiendo excusarse de mirarla como mira á una rica heredera todo hombre mozo, por virtuoso que sea. Encontrárense

casualmente sus miradas, y no dejó la pobre muchacha de hallar guapísimo á Eugenio con su ropa nueva. Aquella mirada fué lo bastante significativa para que Rastignac comprendiera que la joven había hecho de él el objeto de esos deseos confusos que todas sienten y que cifran en el primero que llega á interesarlas. Una voz interior le gritaba: « ¡Ochocientos mil francos! » Mas en seguida le presentó su espíritu los recuerdos de la noche anterior, y pensó que su pasión, más ó menos artificial, por Delfina de Nucingen, podía servir de antidoto á aquellos malos pensamientos involuntarios.

— Daban anoche en los Italianos el *Barbero de Sevilla*, dijo el joven. En mi vida he oído música tan deliciosa. ¡Qué dicha la de poder tener un palco en los Itatos lianos!

Al vuelo cogió estas palabras el tío Goriot como un perro sigue con la vista los movimientos de su amo.

— ¡Dichosos los hombres! dijo la Vauquer; ¡hacen lo que quieren!

— ¿Cómo ha vuelto usted del teatro? preguntó Vautrin.

— A pie.

— A mí, replicó el tentador, no me gustan los placeres á medias. Querría ir en coche y á mi propio palco, y volver á casa con igual comodidad. ¡Todo ó nada! Tal es mi lema,

— ¡Y no hay otro, dijo la patrona.

— Acaso vaya usted á ver á la señora de Nucingen, dijo Eugenio en voz baja á Goriot. Está usted seguro de que le recibirá con los brazos abiertos. Querrá

informarse de mí minuciosamente. He sabido que se desvive por ser recibida en casa de mi prima, la condesa de Beauseant. No deje usted de decirle que por lo mucho que ya la quiero tendré vivo placer en procurarle esa pequeña satisfacción.

Tan pronto acabó de comer, encaminóse Rastignac hacia la clase de Derecho, queriendo estar en aquella odiosa casa el menor tiempo posible. Pasóse el día paseando, de acá para allá, presa de esa especie de fiebre cerebral que han padecido los jóvenes afectados de esperanzas demasiado vivas. Las filosofías de Vautrin hacíanle pensar en la vida social, cuando acertó á encontrar á su amigo Bianchon en el jardín de las Tullerías.

— ¿Qué tienes que estás tan serio? díjole el estudiante de medicina, asiéndose á su brazo para pasear delante del palacio.

— Estoy atormentado por malos pensamientos.

— ¿De que género son? Los pensamientos se curan.

— ¿Cómo?

— Sucumbiendo á ellos.

— Te ries sin saber de qué se trata. ¿Has leído á Rousseau?

— Sí.

— ¿Recuerdas aquel pasaje suyo en que pregunta la lector lo que haría éste en el caso de que pudiera enriquecerse matando en China, por medio de un solo acto de su voluntad, á un viejo mandarín, sin moverse de París?

— Sí.

— Bueno, ¿y qué?

— ¡Tonterías!... Ya llevo despachados treinta y tres mandarines.

— Fuera bromas. Vamos á ver, si te prueban que la cosa es factible y que para ello basta una sola inclinación de cabeza, ¿lo harías?

— ¿Es muy viejo el mandarín? Pero, qué demonio, viejo ó joven, paralítico ó sano á mí... ¡Demonio! Pues bien, no.

— Eres un buen chico, Bianchon. Pero ¿si quisieras á una mujer hasta dar la vida por ella, y esa mujer necesitara dinero, mucho dinero, para su tocado y sus vestidos, para su coche y para todos sus caprichos...?

— ¡Me privas de la razón, y quieres que razone!

— Mira, Bianchon, estoy loco, cúrame. Tengo dos hermanas que son dos ángeles de belleza y de candor, y quiero que sean felices. ¿Dónde hallaré en cinco años doscientos mil francos para su dote? Ya ves que hay circunstancias en la vida en las que hay que jugar gordo y no perder el triunfo para ganar unos céntimos.

— Pero hombre, planteas el problema que todos encontramos á la entrada de la vida, y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Para hacerlo así, querido, es preciso ser Alejandro. Yo me doy por contento con la existencia humilde que llevaré en mi provincia, sustituyendo á mi padre. Los afectos del hombre se satisfacen en el más reducido círculo con la misma plenitud é intensidad que en una inmensa circunferencia. Napoleón no podía comer dos veces á un tiem-

po, ni tener más amantes que un estudiante de medicina interno en los Capuchinos. Siempre habría de encerrarse nuestra dicha en el espacio comprendido entre las plantas de los pies y el occipital, y ya la paguemos un millón ó dos mil francos al año, su percepción intrínseca, dentro de nosotros, es la misma. Decido, por tanto, que siga viviendo el chino.

— ¡Gracias, me has serenado el ánimo, Bianchon. Siempre seremos amigos.

— Oye, dijo el estudiante de medicina, al salir de clase de Cuvier, en el Jardín de Plantas, he visto hace un momento á la Michonneau y á Poiret sentados en un banco y hablando con un señor á quien vi el año pasado, cuando las jaranas aquéllas, cerca del Congreso de diputados, y que me parece un agente de policía disfrazado de honrado burgués que vive de sus rentas. Hay que estudiar á esa pareja; ya te diré por qué. Adiós; tengo clase á las cuatro.

Cuando Eugenio volvió á la casa de huéspedes halló al tío Goriot esperándole.

— Esto es para usted, dijo el anciano. ¿Eh? ¡Qué bonita letra!

Eugenio abrió la carta, y leyó:

« Caballero: me ha dicho mi padre que es usted muy aficionado á la música italiana, por lo que celebraría muchísimo que tuviese usted la bondad de aceptar un asiento en mi palco. El sábado oiremos á la Fodor y á Pellegrini; estoy, por tanto, segura de que usted no me hará un desaire. El señor de Nucingen únese á mí para pedirle que venga usted á comer sin cumplido con

nosotros. Si acepta usted, le agradecerá mucho verse relevado del deber conyugal de acompañarme. No conteste usted; venga y reciba un saludo,

» D. DE N. »

— Enséñemela, dijo Goriot á Eugenio cuando éste terminó la lectura de la carta. ¿Irá usted, verdad? añadió después de haberse llevado la carta á la nariz. ¡Qué bien huele! ¡Y pensar que sus dedos han tocado este papel!

« Una mujer no se arroja de este modo en brazos de un hombre, se decía el estudiante. Quiere quizá servirse de mí para atraer de nuevo á Marsay. Sólo el despecho obliga á dar pasos como éste. »

— ¡Pero, hombre!... dijo Goriot, ¿en qué piensa usted?

Ignoraba Eugenio el delirio de vanidad que se había apoderado por entonces de ciertas mujeres, y no sabía que la esposa de un banquero era capaz de toda especie de sacrificios por lograr acceso en la alta sociedad del arrabal Saint-Germain. En aquel tiempo comenzaba la moda á poner por cima de todas las otras damas á las que eran recibidas por las de aquel barrio, á las que llamaban damas del Petit-Chateau, ocupando entre ellas el rango más alto la vizcondesa de Beauseant, la duquesa de Langeais y la de Maufrigneuse. Sólo Rastignac ignoraba el vivísimo deseo que devoraba á las señoras de la Chaussée-d'Antin por entrar en el círculo superior en que brillaban las primeras constelaciones de su sexo. Pero su ignorancia le fué útil, porque le permitió mantenerse sereno y le dió el triste

poder de imponer condiciones en vez de recibirlas.

— Si, señor, iré, contestó.

El resultado de todo aquello era que sólo la curiosidad le conducía á casa de la de Nucingen, mientras que, si ésta le hubiera desdeñado, tal vez le hubiera llevado á ella la pasión. Sin embargo, no sin impaciencia esperó al día siguiente la hora de partir. Para un muchacho, la primera intriga suele tener tantos encantos como el primer amor. La seguridad del triunfo engendra mil satisfacciones que los hombres nunca declaran, pero que son el encanto de ciertas mujeres. Lo mismo puede nacer el deseo de la dificultad de la victoria como de la facilidad, y es seguro que todas las pasiones de los hombres están sostenidas por una de estas dos causas que dividen el imperio del amor. Acaso sea esa división una consecuencia de la gran cuestión de los temperamentos, la cual, digan lo que digan, domina á la sociedad. Si los melancólicos necesitan el excitante de la coquetería, la resistencia muy prolongada hace retirar á los nerviosos y sanguíneos. O, en otros términos, tan esencialmente linfática es la elegia como bilioso es el ditirambo. Mientras Eugenio daba la última mano á su tocado, saboreaba esa satisfacción de sí mismo de que los jóvenes no se atreven á hablar por miedo á la burla de los demás, pero que excitan su amor propio. Arreglábase el cabello, pensando que la mirada de una hermosa mujer se deslizaría por entre sus negras sortijillas. Se permitió ante el espejo mil muecas infantiles, lo mismo que una muchacha que se viste para ir al baile, complaciéndose en estirar bien el frac para contemplar su esbelto talle.

— ¡ La verdad es que no sería difícil encontrar otros de peor facha! decía á sí mismo.

Ya que estuvo listo, bajó en el momento en que todos sus compañeros estaban ya sentados á la mesa, siendo recibido por un fuego graneado de tonterías que su elegante equipo suscitó. Uno de los rasgos característicos de la casa de huéspedes es el asombro que causa en ella un buen traje.

— ¡ Kt, kt, kt, ! hizo Bianchon castañeteando la lengua contra el paladar como para excitar á un caballo.

— ¡ Traje de duque ó de par de Francia! dijo la Vauquer.

— ¿ Va usted de conquista? dijo la señorita Michonneau.

— ¡ Kokorokó! gritó el pintor.

— Salude usted á su señora en mi nombre, dijo el empleado del Museo.

— ¿ Tiene señora este caballero? preguntó Poiret.

— Una señora muy complicada, que no se hunde en el agua, color natural, de coste entre veinticinco y cuarenta, dibujos de cuadritos última novedad, se la puede lavar, viste mucho, de hilo, algodón y lana, cura el dolor de muelas y otras enfermedades reconocidas por la Real Academia de medicina, ¡ muy buena para los niños ! y mejor todavía contra los dolores de cabeza, los excesos de la sangre y otras enfermedades del esófago, los ojos y las orejas, gritaba Vautrin con la volubilidad y el acento declamatorio de un sacamuelas. ¿ Cuánto es esa maravilla? dirán usted, ¿ diez céntimos? No señor, se da de balde. Es un saldo del Gran Mogol y que todos los soberanos de Europa, incluso el

grrran duque de Baden, han tenido la curiosidad de ver. ¡ Adelante, señoras y caballeros, adelante! ¡ Pasen ustedes á la taquilla! ¡ Música, música! ¡ Brum, la, laralá, laralá, bum, bum! ¡ A ver el del clarinete! Está usted siempre desafinado, continuó diciendo con voz ronca, y voy á darle en los nudillos.

— ¡ Pero qué chistoso es ese hombre! dijo la viuda de Vauquer á la de Couture; yo no me aburriría nunca con él.

En medio de las risas y de las bromas que desató el discurso de Vautrin, pronunciado con cómico ademán. Eugenio pudo sorprender una furtiva mirada de Victorina en el momento en que ésta, inclinándose hacia la de Couture, le decía algo al oído.

— ¡ Ahí está el cabriolé! dijo Silvia.

— ¿ Dónde come hoy? preguntó Bianchon.

— En casa de la señora baronesa de Nucingen.

— Hija del señor Goriot, añadió el estudiante.

Al ser pronunciado aquel hombre, todas las miradas convergieron sobre el antiguo harinero, quien contemplaba á Eugenio con una especie de envidia.

Llegó Rastignac á la calle Saint-Lazare, penetrando en una de esas casas endebles, de columnitas delgadas y pórticos mezquinos que en París realizan lo bonito; verdadera casa de banquero, en la que se veía un lujo afectado y costoso, abundando los estucos, y en la que las mesetas de la escalera eran de mosaico de mármol. Halló á la señora de Nucingen en un saloncito cuyo decorado consistía en pinturas italianas semejantes á las de los cafés. La baronesa estaba triste, y los esfuerzos que hizo para disimularlo interesaron muchísimo á